



EL ECO DE CARTAGENA



Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9298

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

Viernes 28 de Octubre de 1892

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos).

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,58.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

ANOMALÍA PROTECCIONISTA

Los barrancos se rellenan, los valles se cruzaban con arrogantes viaductos, los cerros se hendían, las montañas se perforaban; se canalizaban los istmos, se echaban puentes kilométricos sobre los brazos del mar; las lagunas se desecaban, dragando se vaciaban fondaderos para los buques de mayor calado, y transportando montañas, se les procuraban puertos de abrigo donde se guarecieran de las tempestades.

La masa de numerario que en el desarrollo de tan colosales y múltiples empresas se empleaba era enorme; y cuando los menos versados en cuestiones de esta naturaleza preguntaban á los directores qué se proponían y qué ventajas podría reportar á la humanidad tamaño sacrificio, éstos contestaban muy ufanos:

«Facilitar el tráfico; poner al alcance del más modesto habitante de la zona glacial, los productos propios de la tórrida; permitir al que en esta reside, templar los rigores de su ardoroso clima con el uso de los tempranos helados que al otro casi imposibilitan la vida.»

«¡Plausible propósito!» pensaban los que habían preguntado, no sin admirarse de hallar tanta sabiduría y tanta previsión en semejantes cargos; y las empresas más vastas y más colosales cada día continuaban desarrollándose con asombrosa actividad, cambiando materialmente de estructura de superficie del planeta, y respondiendo de una manera admirable al fin de facilitar el tráfico y la vida que sus iniciadores al concebirlas, se propusieran.

Los productos de las tierras bajo

el Ecuador situadas, se repartían por el globo á cambio de los obtenidos en sus diversas zonas, y todo parecía augurar el comienzo de una era de abundancia y de consiguiente bienestar dentro de la cual las desigualdades sociales habían de hallar su mayor contrarresto en las aplicaciones de la ciencia, en el triunfo de la libertad.

Desgraciadamente los que tal esperaban se engañaron.

Las consecuencias del régimen que debía seguir á las grandes reformas iniciadas, eran adversas para los intereses de los favorecidos por la fortuna, y ante tamaña contrariedad, ciencia, justicia y libertad hubieron de rendirse para dejar que continuaran reinando la rutina, la arbitrariedad y las restricciones.

A medida que el tráfico se facilitaba por virtud del cúmulo de inconvenientes y de entorpecimientos naturales que se removían como resultado de los incalculables esfuerzos á tal fin encaminados, la parte de producto correspondiente al capital disminuía; la que representaba el trabajo aumentaba, necesariamente; pero como en condiciones semejantes suele ocurrir, los capitalistas veían con completa claridad la depreciación de sus propiedades y no era la mejora en su bienestar tan perceptible para el obrero.

Así es nuestra inteligencia: advierte en el acto el bien perdido y apenas si se da cuenta de ello cuando en su condición no experimenta mejoras.

Resentidos los intereses de los favorecidos, diéronme éstos trabajo para persuadir á aquellos á quienes la reforma beneficiaba, de que las facilidades del tráfico, sólo ventaja aparente, mas ninguna real, podían proporcionarles; lo consiguieron en mucha parte, y ¡cosa rara! sin dejar de preconizar las excelencias de la aplicación de las grandes mejoras materiales, sin dejar de construir muelles, puentes, caminos, canales, buques, á expensas del apoyo oficial, para lograr facilidades, renegaban de las consecuencias

que de esas mismas facilidades emanaban.

Fomentaban por un lado el desarrollo del tráfico; por otro se lamentaban de los resultados naturales de sus propias obras: y sin caer en la cuenta, acaso, de que lo uno era consecuencia de lo otro, ó cayendo, pero no atreviéndose á proceder á la suspensión de las supuestas mejoras, ni menos á destruir las hechas, que hubiera sido lo más lógico, adoptaron otro medio para contrarrestar sus efectos.

Después de haber construido ferrocarriles y puertos, de subvencionar empresas de navegación, de otorgar primas á los constructores de buques, todo en persecución del mayor desarrollo del tráfico mercantil, establecieron en las fronteras aduanas; á la entrada de las poblaciones barreras interiores, y allí, después de causar á los traficantes vejaciones sin cuento, les obligaban á pagar enormes derechos so pretexto de proteger la industria nacional, unas veces, como medio de tributación otras.

Así las ventajas que por otro lado intentaban proporcionar cuando fomentaban el tráfico, se trocaban por otro en dificultades; y de la suma de estos dos factores, al parecer heterogéneos, se obtenía por resultado un doble gravamen para las víctimas de tales despropósitos.

Inutilizado el buen efecto de las reformas sobre el tráfico, por las trabas que luego á éste se imponían, las sumas en aquellas invertidas eran capital perdido y sus productos, agregados á los gastos que para la vigilancia de estas fronteras y barreras interiores se originaban apartando á la vez de la producción numerosos brazos hábiles, causaban enorme quebranto á los intereses de la generalidad.

Si el aislamiento es salvador, si creéis de buena fe que la libertad de cambiar es nociva, no fomentéis los medios de comunicación; antes al contrario, suspended su construcción y su desarrollo y destruid aquellos con que ya contáis; esa medida será mucho más conducente al apetecido aislamiento que cuantos obstáculos artificiales inventéis para promoverlo.

Si creéis conveniente el fomento de aquellos medios, suprimid cuantas trabas á su completo desarrollo se oponen, y les habréis dado importantísimo desarrollo.

Ante todo sed lógicos.
P. PASTOR Y OJERO.

COLABORACION INEDITA.

LLUVIA DE OTOÑO

Al llegar á la fonda y leer en la lista los nombres de los bañistas que en ella se hospedaban lancé una exclamación de gozo.

Ella, Clarisa, la amiga de niñez estaba allí también. Hacía muchos años que no nos habíamos visto; nos separamos siendo muy niños; ella para hacer su educación en un colegio; yo para emprender los estudios y seguir una carrera.

Me causó viva alegría que estuviese allí Clarisa, la íntima compañera de mis primeros años, la que me imponía sus caprichos como leyes que era imposible

desobedecer, la que me obligaba con sus antojos á respetar su voluntad, haciéndome sentir su tiránico despotismo.

Llamé á un criado que me anunciase á Clarisa y á su madre; no tardó en aparecer mi emisario para decirme que las señoras me esperaban.

Cuando vi á Clarisa, sentí emoción extraña, aquella niña de ojos azules y cabellos rubios, de genio alegre y bullidor, había desaparecido para dejar lugar á la mujer, de triste aspecto y carácter melancólico, de salud delicada y debil constitución.

Igual alegría sentimos los dos al hablarlos; á un mismo tiempo vinieron á nuestra mente en confuso tropel los recuerdos del tiempo aquél tan lejano, hablamos los dos, y diémosos al recordar, casi nos interrumpíamos el uno al otro por traer á la memoria tantos y tan felices detalles de aquella época venturosa de la niñez.

Pasaron unos días; hablaba siempre con Clarisa en presencia de su madre; en una ocasión que pude hablar á solas con la anciana señora, necesitando desahogar su pecho, hizome confianzas que yo hubiera querido ignorar.

Clarisa había sido muy desgraciada; padecía una enfermedad moral que no había medio de combatir, llevaba en su alma un pesar profundo que iba poco á poco aniquilando sus fuerzas y ella ¡pobrecilla! no pronunciaba una queja siquiera.

Más de una vez traté de sondear el corazón de mi pobre amiga, pero ella conociendo mi intención sonreía con tristeza y con rara habilidad variaba el asunto de nuestra conversación para que yo procurase conocer su contrariedad.

Aquel otoño se había presentado tristísimo, el cielo cubierto siempre de nubes daba á todo un especial tono de tristeza.

Una tarde Clarisa y yo hablando y distraídos con nuestra charla y nuestros recuerdos nos internamos en una espesa alameda un tanto lejana de la fonda.

Era uno de esos días en que las nubes cubriendo el azul del cielo con su espeso manto gris, constantemente amenazan verter copiosa cantidad de agua sobre la tierra.

De pronto una lluvia lenta nos sorprendió á los dos, obligándonos á refugiarnos en la caseta de un guarda para guarecernos del agua.

Permanecimos largo rato silenciosos, mirando como caía la lluvia.

Al fin por romper el silencio:
—Las primeras aguas de otoño, dije yo.

—Tristes y lentas como las lágrimas del desengaño ¿no es verdad? repuso Clarisa; este es el tiempo, continuó, que pasa y lleva también como nosotros, las pérdidas ilusiones... que se fueron para no volver jamás.

DIONISIO MORQUECHO.

NECESITAN PROTECCION.

Una circunstancia, por todo extremo atendible, no tienen en cuenta la mayor parte de los suicidas, al atentar contra su existencia.

El desamparo en que dejan á los tiernos seres que no tienen otro sostén ni amparo que el de su padre. Si pensaran en el gran infortunio que legan á sus hijos, anticipándoles la orfandad, además del perpetuo sufrimiento á que los condenan, aceptarían con mayor resignación las grandes contrariedades de la vida, sobrellevando en aras del más sacratísimo deber sus penalidades mayores.

Pero hay en la resolución de matarse un egoísmo feroz, horrible, cuyo mezquino sentimiento coloca al suicida en el número de los seres que exajeran el individualismo y reducen las afecciones y

los horizontes de la vida así como sus relaciones sociales, al estrecho punto de vista de su personalidad.

Cuando naufragan las esperanzas y la adversidad se ensaña con el desgraciado, como un tigre con su presa, desfalleciendo el ánimo y perdiéndose en estos combates la última ilusión, si á nuestro cargo hay hijos ó esposa, hermanas ó madre, debemos considerar como una obligación doblemente sagrada conservar la vida para velar por aquellas personas queridas, que por ser más débiles quedan luego sin defensa.

Y esto que decimos con relación á los suicidas cuyo número aumenta considerablemente, debemos aplicarlo á los individuos pendencieros que por cualquier cuestión baladí comprometen su libertad ó su existencia y arriesgan el porvenir de sus familias.

Nunca es más sublime el heroísmo que cuando tiene por objeto vencer las propias pasiones en beneficio de los que necesitan la protección y ayuda del que está á punto de perderse.

En este caso deben sobreponerse á la adversidad, si la desgracia los persigue, luchando con mayor denuedo que si se tratase de satisfacer una obligación puramente personal.

No sucede así desgraciadamente, y el resultado no puede ser más funesto.

Sumando los suicidios y homicidios causados por riña, demuestra la estadística que todos los años quedan algunos centenares de huérfanos desamparados, víctimas inocentes de la ofuscación ó extravío de sus padres.

Sin culpa alguna vienen á pagar la consecuencias del error con que sus mayores procedieron. Y lo que es peor, la adversidad debida á esa circunstancia no solo suele alcanzarles durante mucho tiempo sino que en la mayor parte de los casos trunca su suerte.

Si la solidaridad humana existiera en nuestras modernas sociedades, representada por mejores instituciones benéficas sería menos dolorosa la situación de estos infelices, cuya miseria contrista el ánimo.

Mas como la mayor parte, si son pobres, van á parar al arroyo, donde bien pronto se pervierten, cumplo un deber sacratísimo para el publicista, excitando una vez más los sentimientos favorables á esta mejora social.

Los huérfanos de aquellos que se quitaron la vida ó mueren asesinados, y los niños que quedan desvalidos á causa de ir á presidio sus padres, merecen una protección especialísima, tanto más eficaz, cuanto que su desamparo suele producir muchos y graves males.

Son víctimas vivientes de la criminalidad á quienes no debe alcanzar las consecuencias del delito que cometieron otros; de otra suerte la idea de justicia, tal como el progreso la concibe, resulta en nuestras atrasadas costumbres como sangrienta burla, por un abandono ó un egoísmo que á todos debe avergonzarnos.

ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA.

VARIEDADES

A CRISTÓBAL COLÓN

en el IV centenario del descubrimiento de América.

SONETO

Gloria á Colón, al inmortal marino
Que alentando en la lucha su esperanza,
La regia protección su plan alcanza,
Y la aurora del bien brilla en su sino.

Con débil barco afronta en su camino
De inexplorados mares la pujanza,
Y en alas de la fe tranquilo avanza.
Hasta arribar al fin de su destino.

En cierta noche en que la mar dormía,
Su gente en rebelión mostró su saña;

